

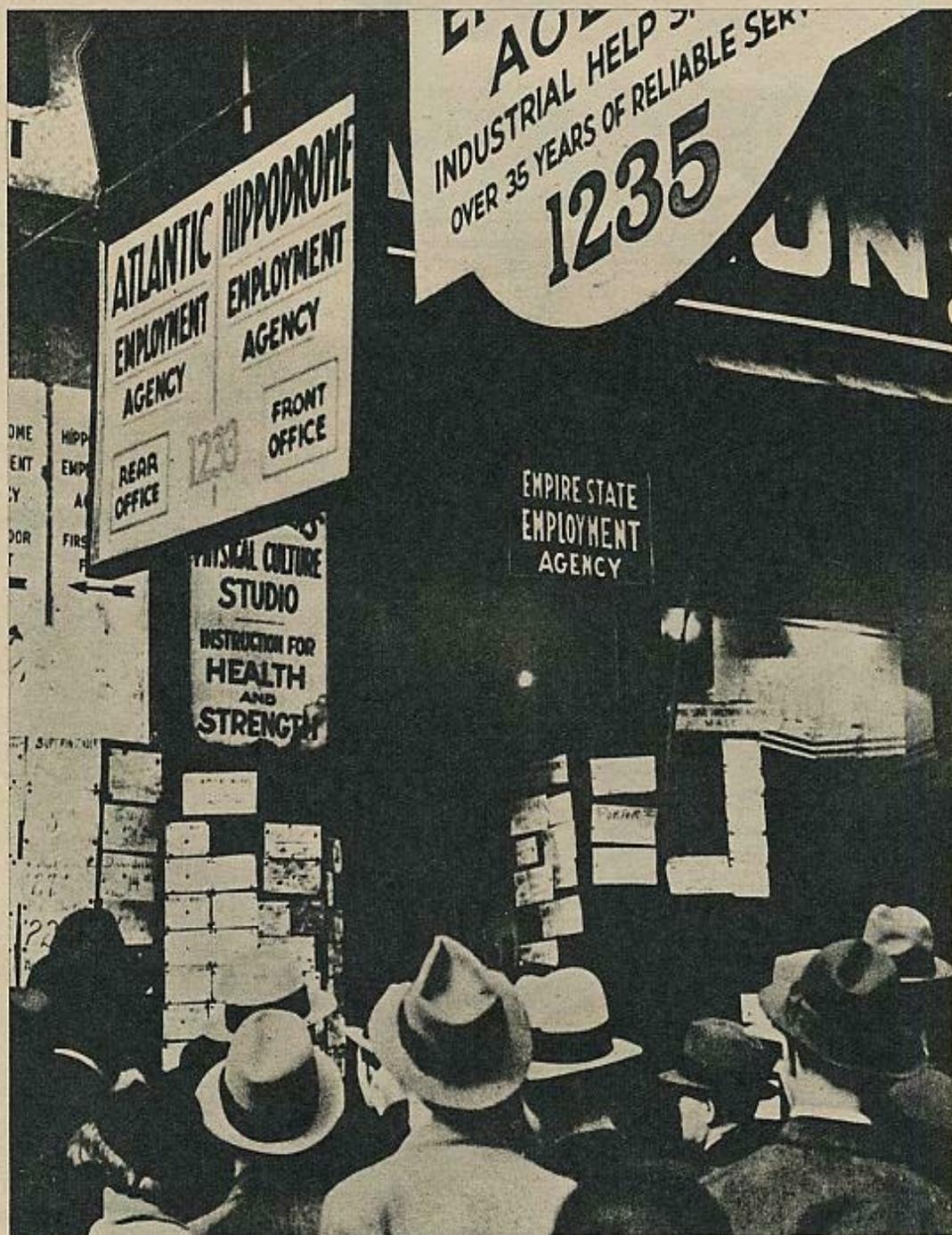
LA NUEVA CRISIS MUNDIAL DEL CAPITALISMO

A un siglo exactamente de la primera gran crisis mundial del capitalismo —la Gran Depresión de 1873— se desencadenó la que tenemos delante, en los últimos meses de 1973. Ciertamente, la sintomatología de la presente crisis se remonta a los conflictos monetarios de 1971, que culminaron con las drásticas medidas proteccionistas adoptadas por la Administración Nixon. Mas en rigor, su factor desencadenante hay que situarlo en el conflicto del petróleo que rompió amarras el pasado año. Es este fenómeno el que, a nuestro juicio, está llamado a quebrar las bases del desarrollo capitalista iniciado a la terminación de la segunda guerra mundial. Tal es la tesis que, de la manera más sucinta, pretendemos defender en el presente artículo.

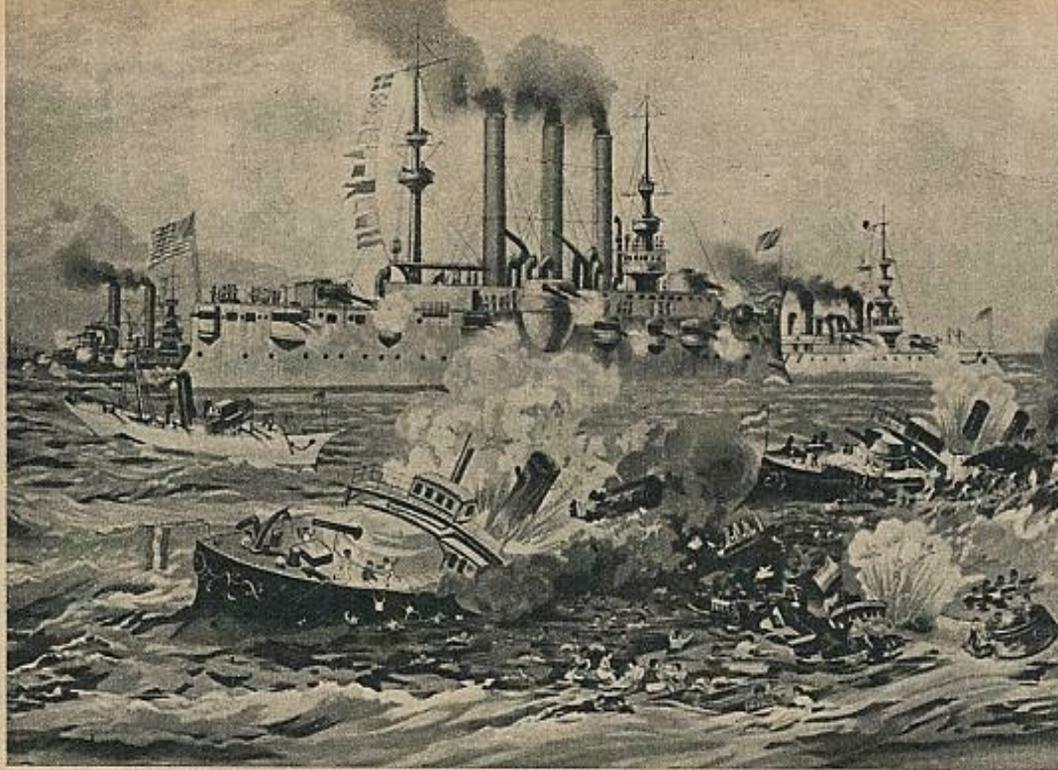
El problema de enfoque

Se constata hoy una gran confusión a la hora de interpretar la nueva tesis del capitalismo. En general, los análisis se sitúan a un nivel empírico y economicista. Se suelen dirigir al estudio y crítica de medidas o programas concretos de contención de la coyuntura, o bien se colocan en el más estéril ingenuismo ideológico: la necesidad de unidad para Occidente, las buenas o malas intenciones de este o aquel país, la alevosía americana, la tautología de Kissinger, etcétera.

Creemos que ese enfoque está muy concorde con el conocimiento que se tiene de la naturaleza del capitalismo, de sus leyes internas y su dinámica mundial. Salvo valiosas excepciones, no ha habido dentro de la metodología burguesa economista, sociólogo, historiador o politólogo que no se haya dejado arrastrar en las pasadas décadas por el mito de que el capitalismo —después de capear en temporal de 1929 y tras su reorganización a partir de 1945— había superado sus contradicciones y entrado en la vía de un desarrollo planificado, más o menos ondulado, pero nunca más convulsivo. Hoy se podría decir a los teóricos burgueses lo que Marx dijera a los de su tiempo en enero de 1873, en la víspera llena de presagios de la Gran Depresión: «La crisis general está de nuevo en marcha, aunque no



Quien haya profundizado en la investigación del desarrollo del capitalismo sabe muy bien que 1929 no representó sino la culminación, la traca final, de un largo proceso de crisis que databa de 1873.



La Gran Depresión de 1873 marca un punto de ruptura en el desarrollo del capitalismo, es la fecha que señala el cierre de un período de esplendor y la apertura de un largo ciclo de crisis plagado de guerras imperialistas: la chino-japonesa, de 1894, la hispano-yanqui, de 1898, la de los «boxers», en China, de 1900, la anglo-boer del mismo año, la ruso japonesa de 1905, etc. (Grabado que representa la destrucción de la flota del almirante Cervera.)

José Acosta Sánchez

haya pasado aún de su fase preliminar. La extensión universal del escenario en que habrá de desarrollarse y la intensidad de sus efectos harán que les entre a todos en la cabeza la dialéctica» (1).

Frente al enfoque dominante, de carácter empirista, nosotros opinamos que hay que situarse ante la nueva crisis del capitalismo en una actitud teórica y científica, ante todo. No se la puede entender sino a condición de ubicarla correctamente en la historia del capitalismo, y no se pueden elaborar rigurosamente previsiones sobre su desarrollo y consecuencias sino a condición de operar con hipótesis de largo alcance.

Es a la hora de elegir el método, o punto de visión, más adecuado para encarar el análisis de la crisis actual cuando apreciamos, de entrada, un lugar común a nuestro juicio erróneo: ver la crisis actual a través del espejo de la de 1929. Quien haya profundizado en la investigación del desarrollo del capitalismo sabe muy bien que 1929 no representó sino la culminación, la traza final, de un largo proceso de crisis que databa de 1873. Por el contrario, resulta claro que 1973 ha llegado precedido de un período de auge capitalista que databa de 1945. Parece evidente a nuestro análisis que la crisis de 1973 no nos pone ante un umbral tipo 1929, sino ante otro del tipo de 1873. Más claro: no estamos ante la reproducción inminente de una recesión catastrófica, sino ante un largo ciclo de crisis del capitalismo.

Una manera de entender lo que 1973 va a representar para el capitalismo consiste en recordar, pues, lo que representó para el sistema la ruptura de 1873. En este sentido hay que partir de un principio claro: la Gran Depresión de 1873 —llamada a quebrar una época de libre comercio, de auge capitalista en el mundo entero y de hegemonía inglesa— no puede considerarse como una crisis más en la historia del capitalismo, sino como un punto de ruptura en su desarrollo: como la fecha que señala el cierre de un período de esplendor, que duraba desde la terminación de las guerras napoleónicas (1815), y la apertura de un largo ciclo de crisis —escasamente salpicado de coyunturas de prosperidad (1920-1925)— y plagado de guerras imperialistas (la chino-japonesa de 1894, la hispano-yanqui de 1898, la de los «boxers», en China, de 1900; la anglo-boer del mismo año, la ruso-japonesa de 1905, las guerras balcánicas, etcétera), que culminarían en dos horrosas guerras mundiales, las mayores que conoce la Historia de la Humanidad.

El significado profundo de la crisis de 1873 es reconocido por E. Hobsbaun en los siguientes términos: «La Depresión de 1873 marcó el final de una etapa de desarrollo económico y el comienzo de otra» (2). «Lo que conocemos bajo el nombre de Gran Depresión —dirá M. Dobb— debe ser considerado como la línea de demarcación entre dos estadios históricos del capitalismo» (3).

Pues bien, lo que nosotros sostenemos hoy es que la crisis abierta en los últimos meses de 1973, detonada por el conflicto del petróleo, marca también el final de una época de desarrollo capitalista y el comienzo de otra. Marca el fin, por emplear una expresión de André Glucksmann, de «una edad de oro para la economía capitalista», la cual arrancaba de 1945, y abre un largo período de crisis general.

Las bases de la última edad de oro del capitalismo (1945-1973) y la causa de su quiebra

El desarrollo económico excepcional, de carácter capitalista, que siguió a la segunda guerra mundial es reconocido a derecha e izquierda. Para Kidron, por ejemplo, «la expansión económica habida a partir de la guerra no tiene precedente». Recientemente se ha dicho: «Durante un largo período —hasta la depresión de 1929—, la tasa media de crecimiento de la economía mundial no pasó del 2 por 100, mientras que desde 1945 se ha alcanzado más del doble de ese ritmo. Jamás en la historia de la economía se había producido una expansión de tal volumen» («Le monde depuis 1945», Prensa Universitaria de Francia, París, 1973. Tomo I, página 46).

Mas sería inhumano registrar el dato del auge capitalista de los últimos veinticinco años sin valorarlo. En primer lugar, sólo al incalculable precio de múltiples guerras

imperialistas y dos tremendas guerras mundiales —que costaron a la Humanidad decenas de millones de vidas—, el capitalismo logró remontar el angustioso período de crisis que abrió la Gran Depresión de 1873. En segundo lugar, a partir de 1945, la nueva «edad de oro capitalista» se ha realizado en términos imperialistas, con cargo a las naciones más pobres de la Tierra, a las que se ha expropiado de sus recursos naturales a precios esquilmadores. El subdesarrollo de las tres cuartas partes de la Humanidad ha sido, pues, la primera de las condiciones del portentoso desarrollo económico de un puñado de naciones capitalistas en los últimos veinticinco años.

Aclarado ese punto inesquivable, lo que nos interesa ahora es detectar las bases del tipo de desarrollo capitalista puesto en marcha a partir de la segunda guerra mundial, a fin de ver de qué forma la crisis del petróleo va a representar la quiebra de todas ellas. Para nosotros, dichas bases son las siguientes:

- la llamada «tercera revolución industrial», que iba a suponer un impulso formidable para las fuerzas productivas;
- la industria de guerra, que se incorpora a la economía como uno de sus sectores claves;
- la hegemonía imperialista de Norteamérica;
- el nuevo tipo de Estado burgués, y
- la inflación permanente.

A continuación, y con la mayor concisión que nos sea posible, procuraremos desentrañar el significado de esas bases para el desarrollo capitalista ocurrido en las tres últimas décadas, a la vez que vamos a intentar demostrar cómo la crisis de la energía está llamada a romperlas, a invalidarlas en tanto pilares del capitalismo.

La tercera revolución industrial

No cabe duda que una de las bases fundamentales de la época de auge capitalista que arranca de 1945 estribó en el extraordinario progreso de la ciencia y de la técnica, que, al revertir sobre el proceso de producción, generó una vertiginosa progresión de las fuerzas productivas, las cuales fueron ávidamente absorbidas por el sistema capitalista en un momento tan propicio como fue el de su reconstrucción mundial tras la segunda guerra.

«Desde la última guerra mundial, el progreso de la ciencia y de la técnica se ha presentado como una revolución sorprendente. La tercera revolución técnica se distingue por la energía nuclear, sus industrias electrónicas y químicas, el

(1) Karl Marx, prólogo a la segunda edición alemana del libro I de «El Capital», de 24 de enero de 1873, edición castellana de Fondo de Cultura Económica, México, 1968, pág. XXIV.

(2) E. J. Hobsbaun, «Industry and Empire», Londres, 1969, pág. 104.

(3) M. Dobb, «Estudios sobre el desarrollo del capitalismo», edic. francesa, Maspero, 1969, pág. 317.

LA NUEVA CRISIS MUNDIAL DEL CAPITALISMO

perfeccionamiento de las máquinas-herramientas, la automatización, la multiplicación de nuevas máquinas, la miniaturización, los ordenadores, la informática, los métodos de gestión previsual y las técnicas de gestión integradas; los intercambios incesantes, en fin, entre la ciencia y la técnica» («La monde depuis 1945», edición citada, página 388, tomo I).

Pero, ¿cuál ha sido el estímulo fundamental de esta prodigiosa revolución científico-técnica?: «la causa inicial se encuentra en la impulsión de la guerra» (4). La concatenación guerra-ciencia-tecnología-industria es clave para entender el desarrollo capitalista de los últimos treinta años. La simbiosis entre el científico y el Estado, como empresario máximo de la guerra, se realiza por primera vez en la Historia durante y después de la segunda guerra mundial. «La primera prueba espectacular de ello —nos dirá John D. Bernal, en su «Historia social de la ciencia»— fue la producción de la bomba atómica, en la que se invirtió más dinero que el utilizado por la ciencia en todo el curso de la Historia humana. La «guerra fría» dio un nuevo impulso a la tarea de poner la ciencia al servicio de la destrucción superando los esfuerzos anteriores».

La industria de la guerra como base del «progreso»

Más no se trata tan sólo de que los impulsos esenciales para el adelanto científico hayan llegado de la guerra. En realidad, la innovación portentosa estribó en que la propia guerra se convirtió en una industria. Y no sólo eso, sino que esa industria se ha convertido en uno de los pilares esenciales de la economía capitalista.

Una idea bastante cabal de dicho fenómeno la proporcionan los siguientes datos: en 1962-63, el 52 por 100 del presupuesto general de investigación era destinado en Estados Unidos a investigaciones bélicas, el 39 por 100 en la Gran Bretaña y el 35 por 100 en Francia. Para 1968, 300.000 científicos cualificados estaban dedicados a la investigación con fines militares en los países de la OCDE. A finales de los años 50, más de las nueve décimas partes de la demanda de repuestos de aparatos de aviación corría a cargo, en Norteamérica, del Gobierno para fines militares; igual ocurría con casi las tres quintas partes de la demanda de metales no férricos; más de la mitad de la demanda de productos químicos y de equipo electrónico; y con más de la tercera parte de la demanda

de equipos de comunicación y de instrumentos científicos. El presupuesto de gastos militares para 1969 se elevó en Estados Unidos a 79.774 millones de dólares (393 dólares por habitante); en Inglaterra, a 5.554 (100 dólares por habitante); en Francia, a 6.184 (123 dólares por habitante), y en la República Federal Alemana, a 5.246 (90 dólares por habitante) («La Documentation Française-Notes et Etudes Documentaires», núms. 3.812-3.813-3.814, Informe sobre «Las fuerzas armadas mundiales en 1970»).

Otro dato significativo en el mismo contexto: al contrario de lo que hizo en la primera posguerra mundial, Norteamérica no efectuó en la segunda la reconversión de las fuerzas productivas de las industrias militares a las civiles. La industria de guerra quedaba ya insertada en la economía del país, cumpliendo tres importantísimas funciones en orden a frenar las contradicciones internas del capitalismo americano: a) desahogar los capitales excedentes; b) aliviar el peligroso excedente de mano de obra; c) asegurar la tasa de ganancia de las grandes compañías monopolistas, las cien mayores de las cuales reciben de manera estable las tres cuartas partes de los contratos de armamento del Estado.

Para la clase dominante norteamericana estaba muy clara la siguiente exigencia al día siguiente de la segunda guerra mundial: «Caeríamos en la superproducción y el desempleo si no contásemos con un importante factor de compensación: un presupuesto permanente de armamento». Las razones últimas de la «guerra fría» no fueron, pues, de carácter exógeno —el enemigo exterior—, sino endógenas: las necesidades estructurales del capitalismo americano.

Para el humanista, el corolario que se desprende del fenómeno que estamos describiendo no puede ser más deprimente y paradójico: la ciencia, la técnica y la industria de matar se han erigido en base fundamental del «progreso». Ningún otro fenómeno marca de manera tan rotunda el fracaso del sistema capitalista como cauce para un desarrollo auténtico de la Humanidad, como sistema de producción capaz de acoger y desarrollar en forma pacífica la inmensa capacidad de progreso de que es hoy poseedora la especie humana.

Conforme al método que seguimos hay que preguntar ahora: ¿de qué manera la crisis desencadenada por el conflicto del petróleo está llamada a invalidar las dos bases del desarrollo capitalista descritas hasta aquí? Respecto a la primera —la inmensa capacidad de

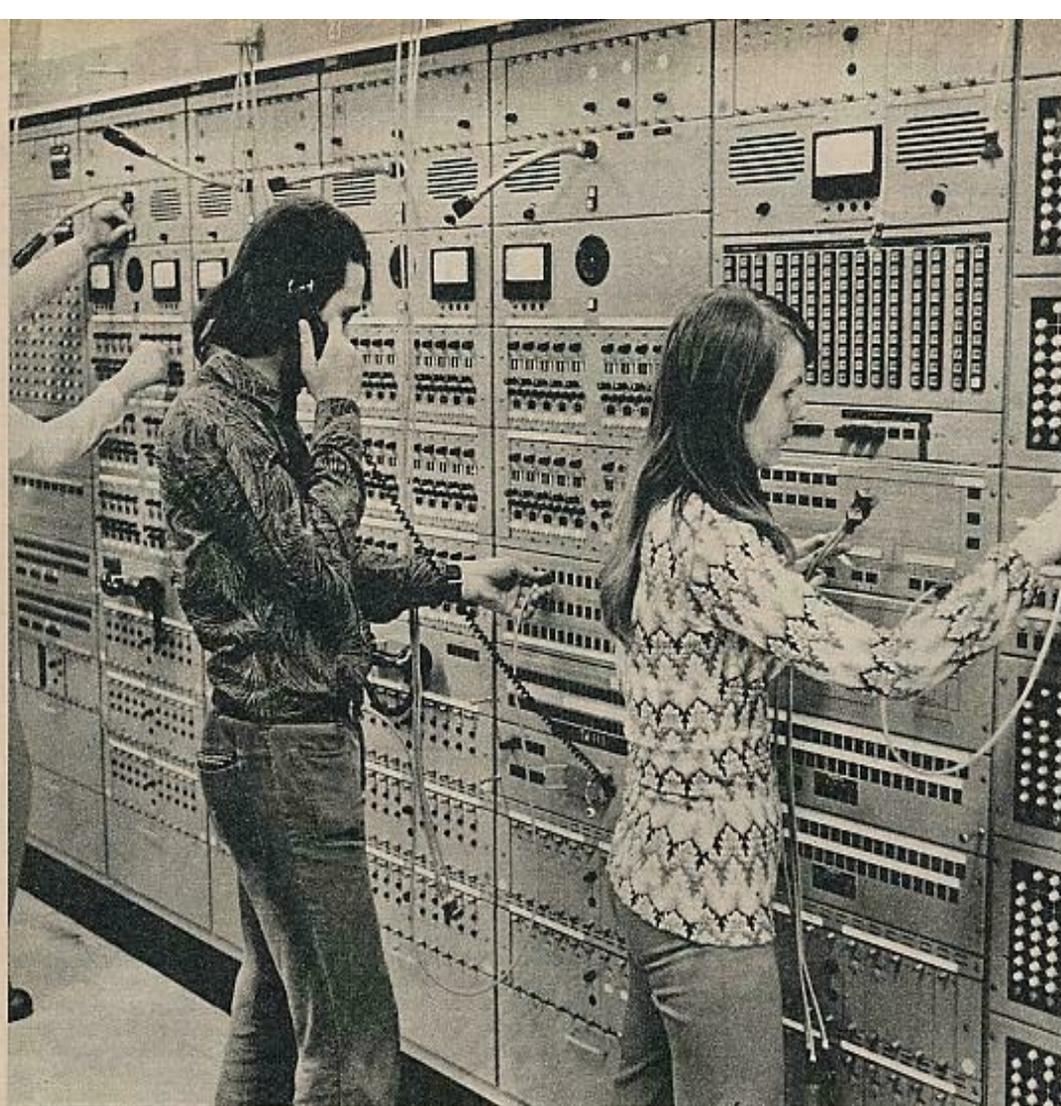
producción liberada por la revolución científico-técnica de los últimos tiempos—, la cuestión se presenta en los siguientes términos: en la medida en que la crisis del petróleo está desatando la rivalidad intercapitalista (el proteccionismo y la lucha por los mercados mundiales de mercancías y de materias primas) está estrechando el mercado mundial y fomentando la acumulación de mercancías y de capitales, es decir, está dejando paso a la crisis de superproducción. Y cuando la crisis de superproducción se acerca —cuando las mercancías producidas por las economías nacionales encuentran cada día más dificultades para realizarse en el mercado mundial a la tasa de ganancia que interesa a la burguesía—, las fuerzas productivas pasan, de ser la primera de las bases del desarrollo capitalista, a convertirse en una amenaza, que ha de ser frenada. La recesión se impone gradualmente. La burguesía reacciona frente al propio progreso. Lo que entonces le interesa no es propulsar el proceso de producción, sino contenerlo.

En la misma medida, la industria de guerra pierde operatividad como salida a las contradicciones del capitalismo, en cuanto genera impulsos al proceso de producción, que ya no interesa fomentar.



Es cierto que la crisis del petróleo ha consolidado la hegemonía americana, y que en última instancia ése era su objetivo más hondo, mas tampoco hay que perder de vista que la victoria del petróleo para Norteamérica ha tenido también un vertiente pírrica.

(4) Daniel Furió, «Le monde depuis 1945», Paris, 1973, pág. 388, tomo I.



«La tercera revolución técnica se distingue por la energía nuclear, sus industrias electrónicas y químicas, el perfeccionamiento de las máquinas-herramientas, la automatización, la miniaturización, los ordenadores, la Informática (...). En la fotografía, una central de conmutación.»

La hegemonía imperialista de Norteamérica

He aquí otra de las bases esenciales del desarrollo capitalista de los últimos treinta años. Como Inglaterra en el período de auge anterior a 1873, Norteamérica ha actuado como centro director del capitalismo en el período de auge que ha precedido a 1973. A partir de 1945 se presenta como el centro de integración y reconstrucción del capitalismo a escala mundial. No sólo había salido intacta de la guerra, sino que la guerra había propulsado su economía, acelerado el proceso monopolista y catalizado la simbiosis Estado-Monopolios a través del Departamento de Defensa. Mientras que Europa termina la guerra con un pasivo de 280.000 millones de dólares, los Estados Unidos la acaban con un activo de 42.000 millones y un saldo acreedor, respecto a sus aliados, de 41.000 millones. Devastadas las restantes áreas capitalistas, Norteamérica se apresta en seguida a reorganizar el sistema capitalista mundial en su beneficio. La descolonización se descifra, desde esa estrategia, como una vasta operación de redivisión imperialista en favor del capital americano. El Plan

Marshall perseguía el objetivo primordial de asegurar la penetración de las compañías americanas en los sectores claves del futuro y prometedor mercado europeo. El propio Mercado Común nace como un eslabón más de esa estrategia: De Gaulle lo consideró siempre, con lucidez, como el caballo de Troya de Norteamérica en Europa. La «guerra fría», y los complejos mecanismos de dominación que comportaba, constituía la coronación del plan mundial americano.

En principio, tal plan de dominación universal fue aceptado por los aliados de Norteamérica. Por razones obvias: no podían oponerse a él y constituía la base de su propia reconstrucción. Ahora bien, una vez relanzadas las economías europeas y japonesa, forzosamente habrían de desencadenarse las contradicciones entre ellas y el capitalismo hegemónico norteamericano. El carácter forzoso de estas contradicciones resulta claro para quien conozca la esencia del capitalismo —producir ganancias, no satisfacer necesidades humanas reales— y sepa medir la proyección de esa esencia a nivel internacional: los mercados nacionales no bastan a la burguesía para maximalizar sus ganancias. A partir de un determinado nivel de desarrollo industrial

se impone la lucha entre las naciones más avanzadas por los mercados exteriores y por las fuentes de materias primas que aseguren el proceso productivo de cada una de ellas. Si el capital, en forma de mercancías o de capital-dinero, se estanca en el interior, sobreviene el caos nacional.

Si tomamos conciencia de cuán plenamente relanzadas estaban ya a la altura de 1973 las economías capitalistas dominantes, y de cuán fuertemente latían ya los antagonismos en el seno del sistema capitalista mundial, podremos hacernos una idea cabal de la violencia con que la cuña del petróleo está rompiendo la aparente cohesión del mundo capitalista.

Es cierto que la crisis del petróleo ha consolidado la hegemonía americana, y que en última instancia ese era su objetivo más hondo, mas tampoco hay que perder de vista que la victoria del petróleo para Norteamérica ha tenido también su vertiente pírrica. Pues lo que la potencia capitalista hegemónica ha ganado en la batalla del petróleo, lo ha perdido en buena parte en otros terrenos: en el deterioro del libre comercio y la aparición ya flagrante y sin paliativos del proteccionismo en las economías europeas —bien por la «vía

italiana», bien por la «vía francesa», por el camino arancelario o por el monetario, a base éste de las «flotaciones salvajes». Y no cabe duda que un clima de creciente competencia intercapitalista y de proteccionismo abierto —única vía de que disponen los países europeos para hacer frente a los déficits impuestos a sus balanzas de pagos por la crisis del petróleo— no favorece a los intereses hegemónicos norteamericanos. Las mercancías y los capitales de los Estados Unidos se enfrentarán —no sólo en Europa y Japón, sino en el mundo entero— a una más dura rivalidad con los de Japón y Europa.

Semejante balance de la crisis del petróleo nos demuestra que la hegemonía americana se mueve ya entre insuperables contradicciones. Cada nuevo paso que da Norteamérica en la defensa de su hegemonía, hace avanzar, con su éxito, la rivalidad entre ella y los restantes polos desarrollados del capitalismo. Se va imponiendo la peligrosa dialéctica entre hegemonía y rivalidad. Cada nueva victoria hegemónica no hace más que poner las bases para una nueva batalla por la salvaguarda de la hegemonía. Al nivel de desarrollo en que se encuentran las fuerzas productivas del capitalismo en general, no es imposible que Norteamérica continúe ganando batallas —del tipo de la monetaria de 1971 o la energética de 1973—, pero sí que gane la guerra contra sus rivales. Europa y Japón se ven impotentes para vencer la hegemonía capitalista mundial de Norteamérica, pero sus fuerzas productivas han alcanzado un nivel tal, que las convierten en rivales renovados de la potencia hegemónica. Cada victoria norteamericana sobre sus rivales produce los efectos dialécticos de consolidar y erosionar, a la vez, la hegemonía del vencedor. Llegados al punto en que hoy se encuentran las contradicciones intercapitalistas no tienen fin. El capitalismo se encuentra, en esas condiciones, frente al más largo período de erosión de su historia. La hegemonía de Norteamérica no puede ser superada con la misma facilidad que lo fue la de Inglaterra a finales del XIX y principios del XX, pero, por otra parte, Norteamérica no puede ya recuperar la hegemonía indiscutida y acatada que gozó en los últimos treinta años. Para defenderla se verá obligada periódicamente a librar constantes batallas de desgaste contra sus «aliados-rivales».

He ahí cómo otra de las bases fundamentales del tipo de desarrollo capitalista puesto en marcha a partir de 1945 —la existencia de un centro director y hegemónico, «la batuta americana»— ha quebrado en el torbellino de la crisis del petróleo. Eso es lo que viene a demostrar con toda claridad las consecuencias de la victoria america-

LA NUEVA CRISIS MUNDIAL DEL CAPITALISMO

na del petróleo. Ciertamente, Europa y Japón han sido las grandes derrotadas, pero no puede pensarse que la ola de proteccionismo que la crisis ha levantado en las más hondas entrañas de las economías europeas ni el pánico japonés —el milagro japonés, se ha dicho, se tambalea ahora sobre sus propias bases» (5)— vayan a favorecer la recomposición de la unidad capitalista a escala mundial dirigida por Norteamérica. La baza de la «Nueva Carta Atlántica», que, bajo el severo castigo energético, ha firmado Europa no puede interpretarse como un triunfo real de Norteamérica en la faena de reasegurar su hegemonía, sino como un protocolo formal que nada tiene que hacer frente a las contradicciones reales que oponen a las dos partes firmantes. La operación tiene, fundamentalmente, un valor táctico, no estratégico, para ambas partes: para Nixon, en tanto baza en su drama presidencial; para Europa Occidental, como tregua para encarar la crisis que ya tiene encima.

En otras palabras, la desintegración, en curso, de un Mercado Común Europeo no subordinado a Norteamérica —que es la posibilidad que acaban de enterrar la crisis del petróleo, el «casual» derrocamiento de Willy Brandt y la muerte de Pompidou— no va a propiciar, de ninguna manera, una integración europea a la sombra de Norteamérica y subordinada a los intereses de la burguesía americana. Simplemente, va a colocar a Europa ante una larga crisis sin salida capitalista, que va a imponer, de aquí a final de siglo, y con más fuerza que nunca, la alternativa socialista. Alternativa que madurará en la medida en que continúe visibilizándose la confluencia de intereses entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, en orden a un reparto hegemónico mundial, más o menos explícito, y una cooperación económica creciente.

La trascendencia del impacto de la crisis del petróleo en el orbe capitalista va tomando cuerpo a ritmo acelerado, y se constata por doquier. Como muestra pueden ofrecer las siguientes palabras de Hans Roepers: «La crisis petrolera ha modificado profundamente los datos de la economía mundial, en particular por lo que respecta a las naciones industrializadas de la Europa Occidental» (en «Frankfurter Allgemeine Zeitung», de enero pasado).

El nuevo Estado burgués

No puede entenderse el desarrollo capitalista que hemos vivido a

partir de 1945 sin tener en cuenta, como otra de sus bases esenciales, el nuevo papel asumido por el Estado desde entonces. El nuevo Estado burgués ha recibido múltiples denominaciones (Estado del Bienestar, Estado Social de Derecho, Estado Providencia, etcétera), pero lo que importa es saber a qué responde su presencia y cuáles han sido las consecuencias de ella para el mundo capitalista.

El nuevo Estado, intervencionista, «floreó sobre la tumba» del anterior, el Estado liberal, abstencionista, el del «dejar hacer». Su presencia venía a ser el certificado de las lecciones recibidas por Occidente de las grandes crisis pasadas, y, de forma muy particular, del «crack» de 1929. Es por ello que, en palabras de Bertrand de Jouvenel, «la ansiedad de hoy hace evocar la Gran Depresión de los años treinta». En 1945, la burguesía tenía una conciencia bastante clara de la necesidad de un instrumento ordenador de la sociedad que impidiese la reproducción de las catástrofes anteriores. Hacía falta, por expresarlo gráficamente, un cirujano que extirpase las contradicciones internas del capitalismo. Este no podía ser otro que el Estado.

Un objetivo iba a destacar obsesivamente en la estrategia del nuevo Estado: asegurar el pleno empleo de los capitales y de las fuerzas de trabajo. Se trataba, por encima de todo, de restar base, hombres parados, a la revolución social, cuya amenazadora testuz había entrado peligrosamente en la historia de la burguesía. Los doctrinarios del nuevo Estado nunca han tenido conciencia, sin embargo, de hasta qué punto pretendían la cuadratura del círculo al proponerse eliminar de la historia del capitalismo las grandes oleadas de paro cíclico que la caracterizan. Frente a la proposición de Keynes, el gran chantre del neocapitalismo, de que «el paro procede de los errores de los capitalistas y no es una característica esencial del sistema capitalista», hay que hacer constar que el paro cíclico, o recomposición periódica del «ejército industrial de reserva», es el capitalismo lo que la locomotora al tren: su primera necesidad. «El papel principal de la depresión capitalista "normal" —nos dice un lúcido economista de nuestros días— es curativo para el propio capitalismo, si se la sitúa en la perspectiva de las necesidades a largo plazo de la acumulación del capital. Gracias a ella se reconstituye el ejército industrial de reserva, se debilita la posición de la clase obrera en las negociaciones sobre las condiciones de trabajo, se restaura, en fin, la relación explotador-explotado en bene-

ficio de la clase capitalista» (6).

¿Qué novedad viene entonces a introducir la estrategia keynesiana en el desarrollo del capitalismo a partir de 1945? «El fin principal de la estrategia inflacionista keynesiana consiste en impedir que se produzcan las depresiones. Pero ello impide al sistema capitalista poner en práctica su tratamiento autocurativo. La crisis inflacionista provoca, a fin de cuentas, el desorden y el caos endémicos a escala mundial, porque impide al sistema capitalista contrarrestar cíclicamente el caos y el desorden a escala nacional, más restringida, conforme a sus propias leyes fisiológicas» (7).

El nuevo Estado —a través del enorme gasto público y un monstruoso aparato burocrático— se convierte en uno de los resortes fundamentales de la inflación. Hoy es incuestionable «la naturaleza altamente inflacionista de los gastos del Estado, dado que la gran mayoría van destinados a sectores improductivos: gastos militares, en particular. Los efectos se traducirán en un aumento de la disparidad entre la renta nacional real y la renta nominal» (8). De otra parte, con la ampliación constante de su aparato burocrático, el Estado burgués de nuestra época no hace más que segregar una masa inmensa de trabajadores improductivos, cuya presencia viene a acentuar aquella disparidad. La cuestión, en sus términos más desnudos, se presenta así: una enorme población improductiva es retribuida con dinero artificial —en tanto no responde a una creación de valor, de mercancías, y en tanto sale de la máquina estatal de hacer billetes—. «En el segundo "Fausto" —dirá un economista de hoy con buen humor—, Goethe atribuye a Mefistófeles la invención del papel-moneda; en nuestros días, sin embargo, el Príncipe de las Tinieblas se nos representa como un puro aficionado, comparado con su numerosa descendencia, que hoy trabaja en el Ministerio de Hacienda de los Estados Unidos», y en los restantes Ministerios similares del orbe capitalista.

Naturalmente que la contradicción entre la existencia de una burocracia descomunal y la creación de dinero artificial por parte del Estado para retribuiría tiene una solución muy fácil de formular: retribuir al trabajador improductivo del Estado —burócrata— con parte de la plusvalía, o valor real, que el capitalista extrae del trabajador productivo. Con ello, desde luego, se eliminaría el desequilibrio entre demanda y oferta de bienes, entre cantidad de mone-

das circulante y de mercancías producidas. Pero el Estado burgués se caracteriza por su incapacidad fiscal frente a las rentas del capital; se muestra impotente para hacer pagar al gran burgués la parte adecuada de sus beneficios, la necesaria para financiar los gastos públicos y retribuir la burocracia sin necesidad de recurrir a la magia del dinero artificial, a la máquina de hacer billetes, que heredara del Príncipe de las Tinieblas, y que constituye la cuna mágica de la inflación.

El Estado gigante de nuestros días —parapetado tras su inmensa burocracia y sus inmensos gastos públicos— se ve a sí mismo como el gran campeón contra el desempleo. Grave espejismo: la verdadera campeona es la inflación.

Pero, ¿qué significa en el fondo el hecho de que la verdadera campeona contra el desempleo es la inflación, sin perder de vista lo relativo a ello, en cuanto el paro coexiste con la inflación desde hace tiempo, maridaje al que se ha bautizado con el magnífico nombre de «stagflación»? Significa que estamos en presencia de un nuevo mecanismo de explotación, ante una forma de explotación adicional de carácter clasista. El fenómeno puede ser formulado en los siguientes términos: el valor de la evasión fiscal que realiza la burguesía es cargado a la cuenta de las clases dominadas —clase obrera y pequeña burguesía— por la vía del encañamiento de los precios, por el camino de la inflación.

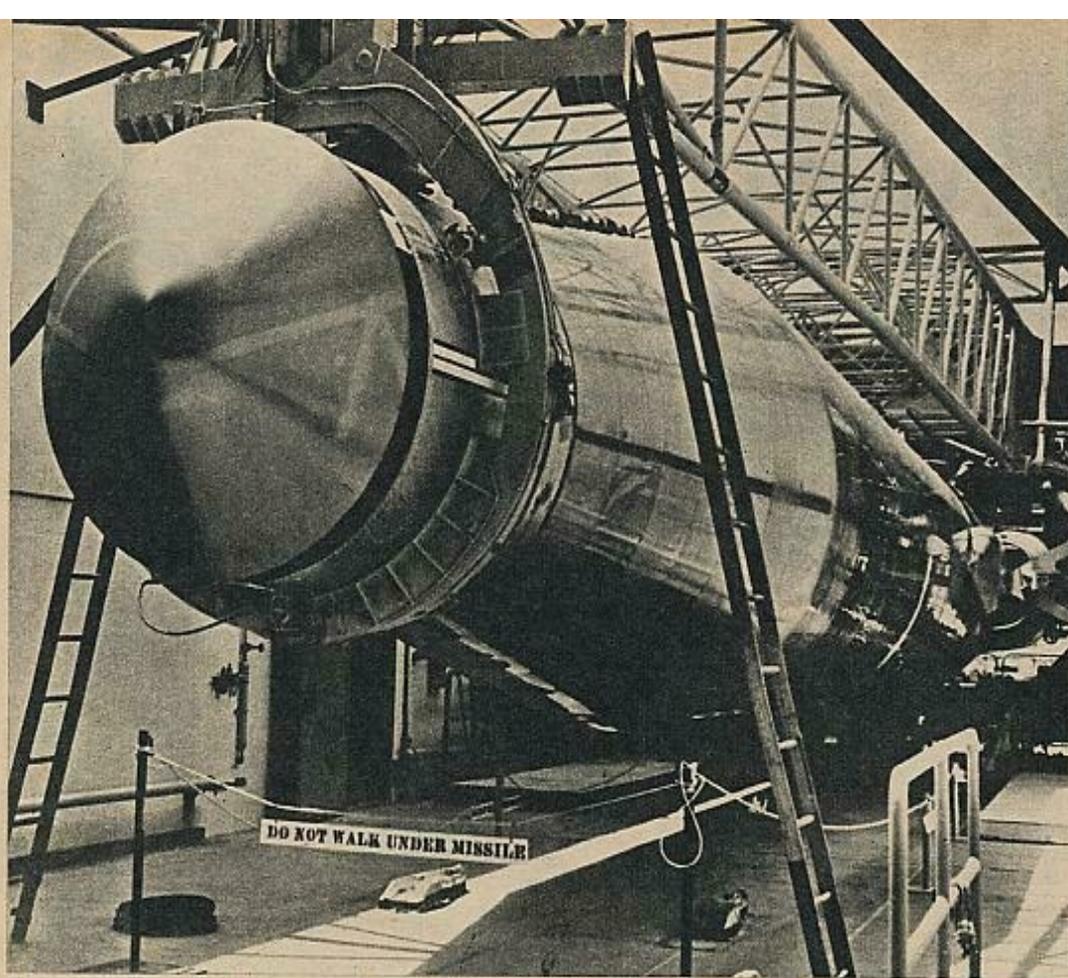
De la inflación-tallemán a la inflación-desastre

La inflación ha constituido en su más profunda dimensión la clave de bóveda, la síntesis del desarrollo capitalista de los últimos treinta años. Ya hemos visto cómo una de las bases del tipo de desarrollo que arranca de 1945 —el nuevo Estado burgués— es un foco de inflación constante a través del gasto público y la secreción de un inmenso aparato burocrático. La investigación más elemental puede comprobar cómo las restantes bases —industria de guerra, hegemonía norteamericana y empresas multinacionales— constituyen otros tantos componentes inflacionarios. El examen global de los mismos conduce a una conclusión científica en orden a determinar la verdadera naturaleza de la inflación —el «leviatán» de nuestro tiempo—: la inflación sistemática, estructural, que se presenta a partir de 1945 no es más que la forzosa consecuencia de las nuevas bases del desarrollo capitalista inaugurado a la terminación de la segunda guerra mundial. Dicho en forma poética: la inflación es la mar a donde han

(6) J. Morris, «The Crisis of Inflation», en «Monthly Review», Nueva York, septiembre de 1973, pág. 15.

(7) Ídem, pág. 16.

(8) J. L. Daillemagne, «L'inflation capitaliste», Maspero, París, 1972, pág. 146.



Al contrario de lo que hizo en la primera posguerra mundial, USA no efectuó en la segunda la reconversión de las fuerzas productivas de las industrias militares a las civiles. La industria de guerra quedaba ya insertada en la economía del país.

ido a parar todos los ríos del desarrollo capitalista últimamente. Una imagen menos lírica podría, no obstante, sintetizar mejor los «milagros» de la edad de oro capitalista que acaba de pasar: la inflación ha sido la zanahoria que ha hecho correr al asno capitalista desde 1945. Apenas el tubérculo-motor se malogra, cosa que ya está ocurriendo, a los arrieros del sistema no les queda otro remedio que recurrir al método de persuasión histórico para sostenerlo en pie: el palo, o sea, el paro cíclico, la recesión periódica.

Siguiendo nuestro enfoque metodológico, la cuestión se presenta en los siguientes términos. De 1945 a 1973, la inflación se ha configurado como el remedio a todos los males intrínsecos del capitalismo, como desagué de todas las contra-

dicciones internas del sistema: la necesidad estratégica de amortiguar la lucha de clases mediante la reducción del paro se lograba mediante un Estado dispendioso e inflacionista; la contradicción entre aumentos salariales constantes —concesión de la burguesía al compromiso de clases, pactada con las burocracias sindicales— y los beneficios capitalistas se conciliaba en el alza constante de los precios, o sea, la burguesía recuperaba por el camino de los precios lo que perdía por el de los salarios, y con frecuencia bastante más; la contradicción entre la reconstrucción del sistema a partir de 1945 y la amenaza revolucionaria con que se enfrentaba en todas partes se conciliaba mediante la institucionalización de la industria de guerra, inflacionista por sí misma, y el sos-

tenimiento de constantes guerras imperialistas por parte del capitalismo americano, guerras —Corea, Vietnam, Oriente Medio, etcétera— que han acarreado un proceso ineluctable de encarecimiento de las materias primas mundiales y una propagación inflacionaria mundial por múltiples conductos.

Hasta 1973, pues, la inflación ha cumplido funciones de talismán en el sistema capitalista mundial. Era la inflación-remedio. Mas, llegado a un determinado límite, sufre una transformación cualitativa, se transforma en su contraria: de ser la válvula de desahogo para el sistema en su conjunto se convierte en un grave obstáculo. Estamos ya ante la inflación-amenaza. Se ha pasado, por decirlo con palabras de J. Morris, de la «inflación-tónica a la inflación-tóxica». Al igual que

el agua cambia de naturaleza a partir de los 100 grados, para convertirse en vapor, la inflación capitalista sufre también un cambio cualitativo a partir de un determinado punto de ebullición: de solución se convierte en el peor enemigo para el capitalismo. ¿Cuál ha sido el fenómeno que ha catalizado ese cambio? El conflicto del petróleo desatado el pasado año. La trascendencia del mismo en el desarrollo del capitalismo, en la colocación de la inflación en un punto ya de indigestión mortal para el sistema a nivel mundial se constata a través del siguiente cuadro, que mide la fuerza de arraste del petróleo respecto a las restantes materias primas fundamentales, amén de reflejar implícitamente la incidencia enorme y multiplicativa del alza de precios del petróleo sobre el curso de la economía capitalista: (ver cuadro).

Del índice que acabamos de exponer se desprende que las alzas mayores en el mercado de las materias primas minerales la han experimentado, durante 1973, los precios del petróleo, del zinc y del cobre, siendo perceptible también la extraordinaria diferencia entre las del primero y las de los dos últimos. A efectos teóricos y provisionales resultaría del todo científico evaluar tan violenta mutación, en materia prima tan clave como el petróleo, como mero dato cuantitativo. Por el contrario, la universalidad de sus efectos y su trascendencia político-social autorizan a situar el fenómeno en el contexto de los grandes avatares históricos y en la línea de las grandes rupturas del sistema capitalista.

Conclusiones

En suma, la crisis del petróleo, al elevarla a un límite sumamente tóxico, ha hecho quebrar a la inflación en tanto base fundamental del tipo de desarrollo capitalista emprendido en 1945, al igual que ha hecho quebrar las restantes bases (evolución científico-técnica, industria de guerra, hegemonía imperialista norteamericana y Estado intervencionista gigante), según lo hemos razonado más arriba.

Objetivamente, el centro más desarrollado del sistema capitalista entra en una fase de crisis general de carácter prerrevolucionario, al desencadenarse las contradicciones contenidas hasta aquí mediante la inflación y restantes factores. Ello no equivale, sin embargo, a fatalizar la quiebra del capitalismo en Europa Occidental o Japón en un futuro próximo, pues no hay que olvidar que el capitalismo «se desarrolla en sus contradicciones y a través de sus crisis». El desenlace de la presente dependerá del grado de madurez política de las fuerzas progresistas llamadas a catalizar el paso al socialismo allí donde las condiciones objetivas sean óptimas. ■ J. A. S.

EVOLUCION DE LOS PRECIOS EN 1973 (precios en \$ y £)

	Cotización a finales de 1972	Cotización 27 diciembre de 1973	1972-1973, diferencia en %
Cacao, en Nueva York	32,35	56,30	+ 74,0
Azúcar, en Nueva York	9,79	13,04	+ 33,2
Algodón, en Liverpool	38,08	86,15	+ 126,2
Lana, en Londres	223,00	287,00	+ 28,7
Caucho, en Londres	21,00	54,00	+ 157,1
Cobre, en Londres	462,00	846,00	+ 83,1
Estaño, en Londres	1.620,00	2.590,00	+ 59,9
Zinc, en Londres	165,00	565,00	+ 242,4
Plomo, en Londres	131,75	252,00	+ 91,3
Plata, en Londres	88,40	145,10	+ 64,1
Petróleo, en Rotterdam	14,57	130,00	+ 792,2

Fuente: Boletín de la KREDIETBANK, de 4 de enero de 1974.